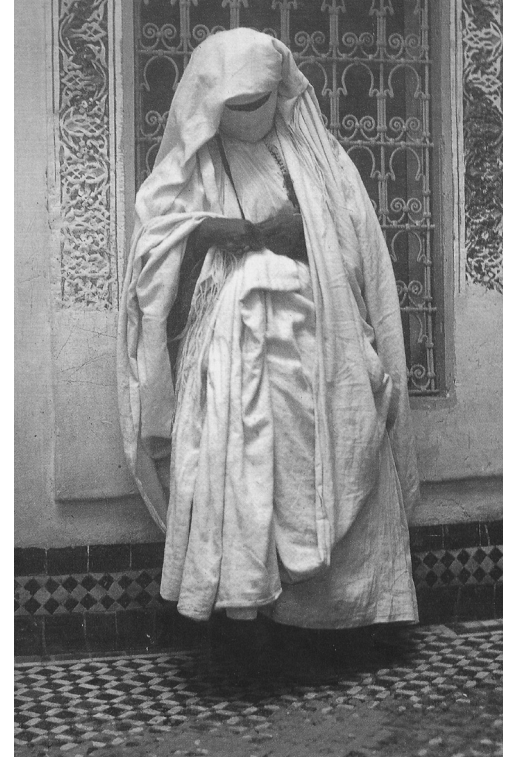


La presente introducción y la lección que hemos escogido para este número de Átopos, está tomada de la edición en español de una selección de esta obra publicada en la Colección Clásicos de la Psiquiatría: El automatismo mental, Madrid, Dorsa, 1995, con introducción de Fernando Colina y Fernando Leguil y un epílogo de Jaques Alain Miller.

Redacción de Átopos

El vigía de la palabra

Fernando Colina



Collection Musée de L'Homme, cliché G.G. de Clérambault.

A caso sea el *Automatismo Mental* de Clérambault el más esmerado ejemplo psicopatológico que puede brindarnos la psiquiatría pretérita. Bien merece, por lo tanto, el interés que anima al comentarista por defender, salvando lógicas diferencias interpretativas, la curiosa vigencia del síndrome clérambaultiano. Sosteniendo su actualidad, espero contribuir al clasicismo intemporal de este hombre fascinante y extraño.

Gaëtan Henri-Alfred-Edouard-Marie Gatian de Clérambault nace el 2 de julio de 1872 y muere, por propia decisión, el 17 de noviembre de 1934 de un disparo

a bocajarro. Tras una investigación de quince años, publicó su primer trabajo sobre el automatismo mental en 1920, justo cuando las escuelas francesa y alemana llevaban dos décadas por encima y por debajo del cambio de siglo debatiendo sus diferencias. Hasta entonces, los motivos diferenciales en la valoración sintomatológica y en la ordenación de la nosología se circunscribían a distintos criterios que hoy impresionan como más o menos rancios: la presencia o no de alucinaciones, la existencia o inexistencia de estigmas degenerativos previos y el desenlace satisfactorio o demencial del caso. Sobre estos parámetros, los psiquiatras pusieron a prue-

ba tanto su rigor observacional como sus disputas de escuela, sus discrepancias personales y su ambición individual.

Sin entrar en detalles, sí conviene fijar una fecha en torno a 1911, cuando con Bleuler y su *Esquizofrenia* sedimenta la nosología alemana privilegiando la demencia precoz, mientras que en el país vecino Ballet, con su *Psicosis alucinatoria crónica*, ensancha, por su parte, el campo de las paranoias. En este escenario, comienza Clérambault a trabajar, desde 1905 y hasta su muerte, en la Enfermería especial de la Prefectura de policía de París, como discípulo de Magnan y rival de Ballet, a quien nunca menciona, pese a su deuda teórica.

La intención de Clérambault en ese bosque de valoraciones y teorías es muy clara y concisa, tan clara como pueda serlo su raíz genealógica, pues desciende por línea paterna directamente de Descartes, y tan concisa como lo fue el modelo de sus certificados –cerca de quince mil– : limpios, lacónicos, brillantes, neologísticos y sustantivadores, lapidarios, desprovistos de verbos y adjetivos, mil veces copiados.

Clérambault persigue un único y preciso objeto, el “fenómeno primordial” de la psicosis, y va a encontrarlo en el automatismo. Desde ese momento, toda la clínica se le reduce a la indagación y descripción del síndrome que, al quedar situado en el centro de toda la psicopatología, desplaza al resto de los síntomas a la condición de derivados secundarios y supraestructurales de lo automático; mientras que a la vez se ve obligado a diferenciar las entidades

con automatismo de las que no lo poseen, estudiando con detenimiento, entre estas últimas, ese otro gran ámbito de su pesquisa constituido por los delirios pasionales.

Pero si nos circunscribimos al estudio del automatismo mental para ir virutando su estructura, hay que adelantar que pese a su nombre genérico y a su antiguo empleo en psiquiatría –unos señalan en la fecha de 1912 a los autores Mignard y Petit, y otros en 1876 a Jackson, extremos que no he contrastado– el uso de Clérambault es nuevo y específico. Consciente de su invento, ensayó otras denominaciones que no prosperaron: automatismo basal, síndrome de pasividad, síndrome de interferencia, síndrome S, síndrome de eco y finalmente síndrome de Clérambault, aunque ante este último término expresó sus reparos, temiendo le valiera el calificativo de paranoico.

Sea como fuere, si aquí merece nuestra rápida atención, se debe a que nos conduce ante el reto de lo primitivo, es decir, ante ese compromiso de la psicosis que apelando a lo originario pone siempre a prueba la capacidad del teórico y desvela tanto su modelo como a veces su ideología –piénsese en los síntomas primarios de la fenomenología. Clérambault persigue un síndrome “basal” y “primitivo”, un conjunto “nuclear” que establezca el denominador común de las psicosis, por encima del cual el resto de la patología es una elaboración secundaria. El propio automatismo clérambaultiano deberá distinguir entre un pequeño automatismo –el que aquí nos ocupa– y un gran automatismo, para recalcar el carácter particular y esencial

Clérambault persigue un único y preciso objeto, el “fenómeno primordial” de la psicosis, y va a encontrarlo en el automatismo.

del primero, así como su espontánea volatilidad, pues cualquier actividad es pronto ocupada y deformada por productos secundarios. El propio *Delirio crónico de evolución sistemática* de Magnan, no sería, a los ojos de su discípulo, otra cosa que una psicosis mixta de automatismo y delirio: "como el granito es un mineral compuesto".

Poco importa que estos bártulos psicopatológicos que he empezado a barajar, Clérambault los redujera enseguida a una hipótesis mecanicista, anatomo-patológica y sensorialista, primando la alucinación sobre el delirio en esa distinción entre una y otro, que día a día se ha vuelto más inútil y equívoca. Lo determinante del automatismo no puede atribuirse tampoco a su inseparable vinculación con la escisión del yo, ni a que se trate de un acontecimiento "agudo", aunque esto último le acerque de inmediato a nuestro presente, cuando las patologías disociativas son más críticas y menos demenciales, mientras que las paranoias no aciertan a desarrollar sus delirios sistemáticos - problema que necesitaría un estudio particular para dirimir si es un hecho justificado por la realidad o un artefacto atribuible al modelo, como resulta intrigante conocer si la desaparición de los enfermos crónicos es real o responde a un efecto ocasional aunque necesario de la estrategia asistencial. Lo decisivo del asunto, y entro ya de lleno en el estudio del tema, deriva de que el automatismo mental se sostiene en un nuevo fenómeno elemental.

Si repasamos los síntomas que Clérambault incluye en su síndrome, importa menos su selección, aunque la pulcri-

tud y genio del autor es en esta tarea excepcional, que las cualidades específicas que permiten definirlos como automatismos. Empezando por lo primero, el automatismo recoge dos tipos de fenómenos: el eco del pensamiento y un conjunto de interferencias que se agrupan bajo el término de "anideismos diversos". En el eco distingue entre el consecutivo, el simultáneo y el anticipado. Distinción que, vista de lejos, y sin mucha credulidad fenomenológica, resulta más verosímil en el laboratorio teórico que en la realidad clínica, probablemente como sucede con la pretendida delimitación de las pseudoalucinaciones, que más allá de su término y concepto nadie sabe lo que son, o bien cuando en diálogo con el alucinado se pretende precisar las cualidades sensoriales de su alucinación.

Entre los anideismos, se separan los negativos o inhibitorios (desaparición de pensamientos, olvidos, vacío de pensamiento, parada de pensamiento, perplejidades sin objeto, duda y aprosexia), de los positivos o intrusivos. Estos últimos a su vez pueden ser subcontinuos (fenómenos psitácicos, juego de palabras, sinsentidos, sierras dentadas, devanado mudo de los recuerdos, mentismo e ideorrea) o episódicos (extrañeza, percepción de semejanzas, veleidades absurdas y emociones sin objeto).

Yendo más allá de esta clasificación, que para unos puede parecer abigarrada y para otros portentosa, interesa detenerse en las cualidades comunes que deben poseer estos hechos psicopatológicos para lograr el rango de automáticos.

El automatismo recoge dos tipos de fenómenos: el eco del pensamiento y un conjunto de interferencias que se agrupan bajo el término de "anideismos diversos".

Llegados a este momento, alcanzamos la esencia del descubrimiento clérambaultiano. Porque el autor se retuerce denodadamente para buscar un término que no encuentra y que pueda dar cuenta de lo que quiere decir por distintas vías y conceptos. Así, insiste en que estos fenómenos son neutrales y atemáticos. Neutrales, pues no admiten colorido afectivo, salvo cierto vago optimismo que podemos entender como una concesión del teórico para dar más credibilidad a su existencia. Atemáticos, porque cualquier contenido los transforma en derivados secundarios con pérdida del automatismo genuino. Estamos ante fenómenos “irrepresentables” y “anideicos” que “dividen el yo” y “desdoblan el pensamiento”. Asistimos, dirá, a la “emancipación de los abstractos”. Con esta bella imagen denomina lo que no puede nombrar, el fenómeno elemental descubierto, esa carencia real de significado que más adelante Lacan, ya post-saussureano –los cursos de Saussure se remontan a los años 1906 a 1911– identificará con el término hasta hoy más adecuado: el significante.

El automatismo mental de Clérambault conserva su vigencia, ya que ha abierto la psicopatología de las psicosis al territorio que aún hoy ocupamos, el de la metapsicología del significante.

El automatismo mental de Clérambault conserva su vigencia, ya que ha abierto la psicopatología de las psicosis al territorio que aún hoy ocupamos, el de la metapsicología del significante. Porque significante es fenómeno elemental abstracto, sin contenido, neutral y capaz de dividir el sujeto.

Conviene, antes de proseguir, subrayar cómo la evolución de la psicopatología se circunscribe alrededor del objeto psíquico elegido como hecho psíquico básico. Si al principio dominaba el ca-

rácter sensorialista de la “idea” –Condillac– o la “representación” –Kant, Schopenhauer–, el neokantismo –Simmel, Dilthey, Ortega– lo sustituyó por la “vivencia”, que enriquecida por la intención y entendida como el verdadero hecho de la conciencia, subraya el valor biográfico de lo vivido. Sin embargo, en lo que va de siglo y al margen de las epistemologías positivistas, el auge ha correspondido a la condición representativa de la palabra y, por último, desgajado de ésta, a su soporte material, a su esqueleto significante.

No es posible seguir adelante sin cuestionarse sobre la especial receptividad de Clérambault ante la faceta muda de la palabra. A este hombre visual por excelencia, que encaramado en su “puesto de observación” de la Enfermería especial debía, con veinte camas, no atender sino dictaminar con rapidez sobre unos dos mil quinientos enfermos anuales, diagnosticando y decretando su libertad o su internamiento en los distintos hospitales psiquiátricos, que fue motejado de tiránico y acusado por los surrealistas - otros automáticos, en esta ocasión de la escritura - de uso represivo de la psiquiatría, sin embargo, a este hombre digo, nadie le negó nunca su reputación observativa. Este hombre veía. Tanto que fue capaz de ver lo invisible de la palabra, su soporte más callado. Sorprende, y no sorprende a la vez, que una vida condicionada por la visibilidad, desde su colección memorable de muñecas de cera y ropa femenina –norteafricana de preferencia -, hasta su hecatombe personal ante una irreversible catarata– que no le impide “poner sus ojos a disposición de todos los colegas que deseen observarles”, ni

acabar con su vida ante un espejo -, sea diestro, como guiado por un fetichismo extremo, para visualizar el soporte mudo e inefable del lenguaje. Sin contar ya con la lucidez más fácil y tardía de Barthes, quien podrá afirmar de sí mismo que tiene una enfermedad, "veo el lenguaje", Clérambault, sin saberlo, descubre el vehículo imaginario de la palabra, formula un síndrome constituido por fenómenos elementales significantes, y pone a nuestra disposición un utensilio indispensable y no envejecido para el estudio metapsicológico de la psicosis.

Todo síntoma, indica una vez más Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*, junto a una deficiencia o un tropiezo del individuo, debe entenderse también como una estrategia del yo, quien "pacifista" siempre en su inclinación, acaba por "sacar provecho" de su herida. Irrecusablemente, el síntoma, al tiempo que consigna un fracaso, refleja un éxito que permite "amalgamar la prohibición con la satisfacción". Pues bien, todo lo que comprende el círculo psicótico debe entenderse como momentos radicalizados de la "amalgama" sintomatológica, y en especial lo son los fenómenos más primitivos y elementales.

Cuando conlleva disolución -de la identidad, del yo, de la palabra o de lo que se quiera- se transforma, y puedo decir que automáticamente, en resolución. Toda ruptura posee en sí misma el germen inmediato de la reconstrucción. Así, y valga como ejemplo, la permeabilidad y transparencia del psicótico es puesta enseguida al servicio de su ocultación e invisibilidad, o bien a la intrusión y adivinación del pensamiento se

le superpone sin demora la omnipotencia y el reconocimiento universal. El mayor obstáculo para la comprensión de la psicosis estriba en que el fracaso de la identidad se troca en su protección, poniendo en juego esa sorprendente estrategia que distinguimos como defensas contra la identidad.

La cuestión, aunque paradójica, es inseparable de lo que viene sucediendo al hombre moderno desde la aparición de la psicosis, es decir, desde la Ilustración para acá. "La situación actual -escribe Adorno- es demoledora: para mantener la identidad abstracta, la desnuda supervivencia, hay que perder la identidad." La pérdida se invierte en riqueza. "La Ilustración moderna -dice en este caso Sloterdijk- consiste en disolver el yo para ganar identidad y perder su exceso". Dicho con unas palabras o con otras, el problema, histórico además de psicopatológico, nos devuelve siempre a la amalgama aporética del síntoma.

Si ahora nos remitimos de nuevo al automatismo, descubrimos la misma peripetia trasladada al fenómeno elemental. Los significantes son tanto fragmentos últimos de la identidad como primeros materiales de la defensa. Lo humano del hombre se desmorona en palabras, y cuando el psicótico intenta reconstruirse lo hace con lo que encuentra ahí, con las palabras, de las que tomará inicialmente lo más primitivo, lo más material y esquelético.

El asunto nos devuelve siempre a lo originario, pues, a través del piadoso auxilio del lenguaje, nos remonta a la palabra cedida por los padres con una gratuidad que nos inculpa y endeuda, y

Clérambault, sin saberlo, descubre el vehículo imaginario de la palabra, formula un síndrome constituido por fenómenos elementales significantes, y pone a nuestra disposición un utensilio indispensable y no envejecido para el estudio metapsicológico de la psicosis.

que en último término asciende por las generaciones hasta el Verbo, con la inevitable consecuencia de teologizar la psicosis. A la postre, toda psicosis y todo delirio hablan del origen y de Dios. La primera pregunta sobre el origen, apunta Piera Aulagnier, es la idea delirante primaria, que se constituye en matriz de toda interpretación posterior y de todo delirio. Y sin salirnos del mismo tema y como prueba de la amplitud que exige el problema, el mito, esa otra elaboración antropológica sobre lo primitivo, no es en la concepción de De-tienne otra cosa que un "significante disponible." Baste esto como detalle de otra vía por la que el mito y el delirio se emparejan.

Pero, visto desde más cerca, la psicosis es tanto una salvación como una tiranía del significante. Al desmoronarse la identidad se provoca la fractura de la palabra y la explosión de fenómenos automáticos significantes: vacío de pensamiento, ideorrea, mentismo, etc.; siempre tomados en su inicio, es decir, como residuos que aún no han incorporado cualquier significación. Algunas imágenes de Clérambault son singularmente brillantes a la hora de describir esos instantes; por ejemplo: el "paso de un pensamiento invisible" o la "sombra anticipada de un pensamiento indiscernible". Impresiones sin duda idénticas a las que Schreber quería comunicar cuando aludía a "la famosa palabra que no dice nada".

Pero, visto desde más cerca, la psicosis es tanto una salvación como una tiranía del significante. Al desmoronarse la identidad se provoca la fractura de la palabra y la explosión de fenómenos automáticos significantes: vacío de pensamiento, ideorrea, mentismo, etc.; siempre tomados en su inicio, es decir, como residuos que aún no han incorporado cualquier significación. Algunas imágenes de Clérambault son singularmente brillantes a la hora de describir esos instantes; por ejemplo: el "paso de un pensamiento invisible" o la "sombra anticipada de un pensamiento indiscernible". Impresiones sin duda idénticas a las que Schreber quería comunicar cuando aludía a "la famosa palabra que no dice nada".

Sin embargo, junto a este momento negativo, el psicótico en su combativa dialéctica por dejar y no dejar la mente en blanco –tan intolerable puede resultarle la invasión como insufrible el vacío–, en-

cuentra en la oferta de significantes el instrumento imprescindible y más a mano para inaugurar una nueva lengua y, en definitiva, para cubrirse y salvarse de la ausencia de significación. Así, a la vez que víctima de un lenguaje mudo cuya extraña semiótica no domina, se ve salvado por el delirio. Al psicótico le serena el acopio de significantes que le proporciona su automatismo. Schreber aludirá ahora al "milagro del alarido", a la "obligación de hablar" y a la naturaleza verbal de los rayos divinos.

Los fenómenos elementales del automatismo ya son delirio, pero delirio de significante antes que delirio de significado o delirio en sentido estricto. Clérambault se refiere muy gráficamente a los contenidos delirantes que van rellenando el automatismo para diferenciarlos del delirio genuino, que hasta entonces era el adscrito a la paranoia. Habla, en el primer caso, de "falsos perseguidos" o "perseguidos sin persecución", para distinguirlos de los perseguidos auténticos cuyo delirio no se subordina al fenómeno elemental.

Una de las dificultades interpretativas que suscita el fenómeno elemental, y en el que insiste, proviene de que su primitivismo pone a prueba la teorización del límite y de lo originario. No hay concepción posible de la psicosis sin comprometerse con ese obstáculo. Desde los "estados primordiales" de Moreau de Tours y Blondel a los "fenómenos elementales" descritos inicialmente por Kraepelin, los "síntomas primarios" de Jaspers o las "experiencias delirantes y alucinatorias" de H. Ey, los autores deben siempre una respuesta a lo inaugural, casi como las ciencias for-

males deben responder a la cuestión del continuo y los transfinitos. Idéntica índole de inconvenientes teóricos giran, en el caso del psicoanálisis, en torno a la alucinación primitiva que sustenta la percepción, a la forclusión del Nombre-del-Padre o a la pérdida de objeto que aún siendo previa a su existencia precisamente la funda. El desconcierto rodea en general a estos problemas y justifica que con rapidez se les descabalgue de su incómoda irreductibilidad y se les adscriba a lo histológico, como es el caso de nuestro autor, o a esa estación intermedia de lo "procesal" propia de otras escuelas por desgracia demasiado conocidas.

Una ajustada observación de Lacan –discípulo de Clérambault, quien en alguna ocasión le acusó de plagio– rechaza la irreductibilidad del fenómeno elemental y le ubica como un componente de la estructura del lenguaje. Esta advertencia no es vana: por su alcance va a permitir que veamos al psicótico además de ver la psicosis. Una de las consecuencias más lamentables del paroxismo visual de Clérambault es que en su cauteloso resplandor se desentiende del psicótico, para atender de modo exclusivo, y de nuevo fetichista, al hecho de la psicosis. Tanto, que llegó a sentir la tentación de aconsejar el internamiento de todos los enamorados, por el componente loco y psicótico que siempre despiertan. Medida que, advierte, no es viable ni práctica - corrección que no nos quita a nosotros la sorpresa por el hecho mismo de la advertencia. Puede que el mejor medio de mantener el fenómeno elemental en su estructura –la del habla– sin despedir por lo tanto al sujeto, sea

la capacidad que dispongamos para apreciar la psicosis del no psicótico, pues entonces, si obramos así, en el caso de Clérambault y en todos, su comentario sobre el enamorado recuperaría su candor perdiendo otro inquietante significado. Sea como fuere, este resbaladizo hecho viene a recordarnos el carácter controvertido de Clérambault, que siendo de un vehemente organicismo parece como si su teoría se hubiera "emancipado" contra él para generar una concepción dinámica, donde el delirio posee una verdad como el pensamiento más verdadero y donde la alucinación piensa, trabaja y lleva a cabo una labor autoconstructiva. Como si en sustitución de la novela del psicótico mismo, que ha extraviado su historia, el automatismo creara con su tesón una biografía paralela.

Ahora bien, el automatismo no se consume en el estudio de la eximia mendacidad del fenómeno elemental –y sospecho que en el comentario que sigue Clérambault ya no reconocería su síndrome. Nos conduce, más allá de él, a la sonambúlica evidencia de un pleonasmismo: el automatismo es automático. No viene esta redundancia a destacar la condición repetitiva del automatismo, tan evidente, sino que apunta a la dinámica que adquiere el otro en la indeclinable alteridad del sujeto. Aquí, como en todo el entorno de lo psicótico, caben las atribuciones más extremas: tan acertado puede resultar, en referencia al otro de la psicosis, afirmar su exorbitante proximidad, como referirnos, en su quimérica lejanía, a la indómita soledad del loco. No obstante, sea en su radical lejanía sea en su proximidad, el sujeto –o lo que de sujeto haya en la

Una ajustada observación de Lacan –discípulo de Clérambault, quien en alguna ocasión le acusó de plagio– rechaza la irreductibilidad del fenómeno elemental y le ubica como un componente de la estructura del lenguaje. Esta advertencia no es vana: por su alcance va a permitir que veamos al psicótico además de ver la psicosis.

El automatismo inaugura una nueva lógica.

Desposeído el sujeto de sí por el automatismo, sucede como si el lenguaje se desmoronase guiado por su propia inercia, e incluso cayera encima de sí mismo.

psicosis, asunto que aquí no viene al caso elucidar— se llena en el automatismo de sentimientos de extrañeza y pasividad. No es que el sujeto pierda el dominio de la palabra, por esencia incompleta, sino que al revés, al perder la necesaria insuficiencia causada por la cortante estrechez del vehículo significante, la palabra en vez de ganar vida, se siente ajena e impuesta, es decir, pasiva y extraña, o bien, en rara coincidencia con la anterior, da alcance a una plenitud delirante e inhumana.

Desposeído el sujeto de sí por el automatismo, sucede como si el lenguaje se desmoronase guiado por su propia inercia, e incluso cayera encima de sí mismo. Queda así el psicótico inermes ante la inercia de lo real, cuya angustia o, lo que es lo mismo, cuya verdad, le invade y le habla, o mejor, le arrasa con signos desconocidos. Automatizado por el otro, al psicótico sólo le queda, en un esfuerzo desesperado, la posibilidad de hacer renacer de las cenizas significantes el Fénix del delirio.

La palabra ataca y cobija. El delirio y la alucinación, que al ser lo mismo no son sino palabras más o menos visualizables—con mayor o menor carga imaginaria—, o bien asaltan al psicótico o bien le ponen a salvo en su heroico y delirante sacrificio.

El automatismo está embebido de extrañeza. Así sucede porque el otro, desde su soberbia, que es la única causa conocida de la psicosis, no ha acudido puntualmente al reconocimiento. Desde su fatal fracaso y su distancia, el otro no le ha reconocido, por lo que el psicótico, como Orfeo o Dioniso contem-

poráneos, debe recorrer el infierno en busca de una mirada que suavice su destino.

Al perder la posesión de la palabra que concede el otro, el automatismo inaugura una nueva lógica. Nueva porque la extrañeza en la que el psicótico bracea, viene de la mano del racionalismo y exactitud que se apoderan de la psicosis. El psicótico, en su aparente y caótica irracionalidad, donde parece haberse extraviado todo rigor formal, se transforma en un sujeto apofántico en la doble acepción del término: como individuo sometido a revelaciones por su ruptura psicótica y como lógico que sólo admite el sí y el no de la verdad desde el estricto silogismo de la psicosis. La palabra psicótica, de un agudísimo rigor formal, pierde la ambigüedad y la sobredeterminación que permiten la expresión del deseo. Como monedas gastadas por una de sus caras, quedan inútiles para el azar y para expresar todo lo opuesto a algo, esas dos habilidades que permiten templar el sufrimiento y la satisfacción. En lo sucesivo, el delirio encontrará su consistencia en un binarismo sin matices, donde el signo adquiere una convicción sin límites, sometido a la apofántica ley del A y no-A, mientras que el mundo, inducido por el mismo proceso, se divide en un maniqueísmo mezquino y extremo.

Tras valorar la dinámica del significante, así como la triple cualidad, automática, extraña y lógica, que deriva del especial vínculo que el automatismo mantiene con el otro, un último y delicado problema viene a completar las vicisitudes de esta introducción. Desde que el psicótico es sometido a la erosión de lo auto-

mático, lo súbito e inmediato rompen la continuidad de su vida y la transforman, como dueños álgidos del momento, en una vida de relámpagos: el automatismo es instantáneo, tanto como lo es el estilo clérambaultiano.

En virtud de su relación con el tiempo, el automatismo carece de historia o, si se prefiere una puntualización más técnica, de prehistoria. No quiere decir esto que no exista una personalidad psicótica o prepsicótica y un pensamiento cuasi delirante, pues sobran modelos que lo recuentan: el pensamiento rígido, mágico, mítico, idealista, intuitivo, esotérico o arcaico, ejemplifican la avidez terminológica que pulula cuando no se sabe qué decir. No tiene historia. Su instilación sólo se produce sobre el alcázar de lo sincrónico, acentuando la discontinuidad que causa el pliegue de la psicosis. No tiene historia porque ese inesperado acontecimiento le remite no a su pasado sino directamente a la cuestión del origen, al error originario. Queda entonces el psicótico doblemente torturado, tanto sometido a la atracción mortífera del retorno como a la imposibilidad del recuerdo. Al perder el pasado y escurrirse del reencuentro, todo se torna fantasmagórico y amenazado por una gorgónica mirada capaz de petrificarle.

Si, en opinión de María Zambrano, no es enteramente desgraciado quien puede contarse su historia, el psicótico, ¡quién lo duda!, es un desdichado. Y si, bajo el criterio de Gadamer, ser histórico quiere decir no agotarse nunca en el saberse, el delirante se pierde en su biografía porque agota su conocimiento en un instante. Por otra parte, al que-

dar sin historia, y por lo tanto inerme ante la ciencia por haber extraviado su antídoto –Max Weber–, el automatismo extrema su cientificismo hasta coronarse con el logicismo automático ya conocido. En la lógica, sin otro y sin historia, encontrará su absolutismo.

En referencia a esta bancarrota del psicótico en su economía temporal e histórica, el eco del pensamiento, esencia estrambótica del automatismo, obtiene mayor coherencia y sentido: el eco ya no es sólo una duplicidad atribuible a la confluencia de dos fuentes para la misma palabra; quizá porque el dislocado y dueño del lenguaje se anticipa o se regaza cada vez que el psicótico habla. Hay también una dificultad inherente al tiempo, al engarce diacrónico de los signos, que sin capacidad para encadenarse debido al estiramiento sincrónico de la gramática, obliga a que en el instante simultaneen las voces como si se tratara de un rebote de significantes.

Concluyo esta presentación recordando al lector que, leído el libro, juzgará por sí mismo si el síndrome clérambaultiano está anticuado o conserva su novedad. Clérambault, cuidando su inmaculada visión, exigía a sus ayudantes ser el primero en ver a los enfermos: los quería no ya nuevos sino “vírgenes”, para no entorpecer su ideación.

Freud dejó dicho que el delirante ama su delirio como se ama a sí mismo. Igual amó Clérambault su automatismo.

ADVERTENCIAS

La obra psiquiátrica de Clérambault fue publicada por primera vez, bajo los aus-

El pensamiento rígido, mágico, mítico, idealista, intuitivo, esotérico o arcaico, ejemplifican la avidez terminológica que pulula cuando no se sabe qué decir.

Freud dejó dicho que el delirante ama su delirio como se ama a sí mismo. Igual amó Clérambault su automatismo.

picios del "Comité de alumnos y amigos de Clérambault", en el año 1942, en Presses Universitaires de France. Recientemente, ha sido reeditado, en copia facsímil por Frénésie Editions, París, 1987.

Bibliografía

P. Bercherie, Les fondements de la clinique, navaire, París, 1980.

H. Ey, Traite des hallucinations, masson, París, 1973.

J. Lacan, Les psychoses, le seuil, París, 1981.

L. Michaux, «G. G. de Clérambault et l'infirmier special», in confrontations psychiatriques, n° 11, 1973, p. 41-54.

El contenido principal de la obra tiene cuatro grupos claramente diferenciados: las psicosis tóxicas, las psicosis pasionales, el automatismo mental y otras cuestiones psiquiátricas diversas (epilepsia, parálisis general, cuestiones de administración, legislación y asistencia).

Y. Peretti, F. Valier, B. de Fremerville, S. Tisseron, La passion des étoffes chez un psychiatre, solin, París, 1980.

E. Renard, Le docteur Gaëtan-Gatien de Clérambault, sa vie et son oeuvre (1872-1934)», these de París, 1942, encephale, n° 4, 1950, p. 413-439.

G. Rosolato, «clérambault et les delires passionnels», nouvelle revue de psychanalyse, n° 21, 1980, p. 199-223.